

*La burocracia y sus peligros en el socialismo.
A doscientos años del natalicio de Carlos Marx*

The bureaucracy and its dangers in socialism. Two
hundred years after the birth of Karl Marx

Mely del Rosario González Aróstegui

Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas

Resumen: El presente trabajo se refiere a un problema que el proyecto socialista de este siglo no puede perder de vista si realmente quiere cambiar el orden existente: el problema de la burocracia y la necesidad de evitar que el proceso socialista se burocratice. Los estudios iniciados por Marx y Engels, y completados por las polémicas entre Lenin, Luxemburgo y Trostky van mostrando la preocupación y atención que prestaron a un asunto que podía retrasar la real emancipación de la sociedad luego de la revolución socialista. Otros teóricos de la Sociología y las Ciencias empresariales también avanzaron en los estudios sobre la burocracia, y se hace un análisis de la concepción de Max Weber como iniciador de un estudio más sistemático sobre esta y sus particularidades. El trabajo se completa con la visión del Che sobre el tema y las posibilidades reales de enfrentarlo para el avance necesario del socialismo.

Palabras clave: socialismo; burocracia.

Abstract: The current work refers to a problem that the socialist project of this century cannot lose sight of if it really wants to change the existing order: the problem of bureaucracy, and the need to prevent the socialist process from becoming bureaucratic. The studies initiated by Marx and Engels, and completed by the polemics between Lenin, Luxemburg and Trostky, show the concern and attention they paid to an issue that could delay the real emancipation of society after the socialist revolution. Other theorists of Sociology and Business Sciences also advanced in the studies on bureaucracy, and an analysis of Max Weber's conception is made as the initiator of a more systematic study of bureaucracy and its particularities. The work is completed with the vision of Che and the real possibilities of facing it for the necessary advance of socialism.

Keywords: socialism; bureaucracy.

A doscientos años del natalicio de Carlos Marx, la humanidad permanece en el empeño de encontrar un camino de justicia e igualdad que sustente a las sociedades modernas. Ni siquiera el terrible revés del derrumbe del socialismo real a finales del pasado siglo logró detener esta búsqueda y este devenir de ideas, concepciones y proyectos, amparados por múltiples movimientos sociales en todo el mundo.

A la altura de este siglo XXI el «regreso» del concepto de socialismo viene dándose por los proyectos de justicia social que han abierto muchos de esos movimientos sociales y políticos en América Latina, y por el agotamiento cada vez más evidente de las alternativas que el capitalismo muestra para salir de la crisis global. Pero hay que profundizar y reformular el proyecto socialista con audacia, creatividad y compromiso, porque la visión dialéctica de un proceso revolucionario no se conforma con el triunfo de la revolución socialista y la toma del poder político. Estos cambios por sí solos no consiguen extirpar del todo las condiciones de vida burguesas y tienden a reproducir, peligrosamente, muchas de las relaciones que justificaron la necesidad de la revolución.

Habría que emprender cualquiera de los procesos sociales que genera un proceso socialista y adentrarse en la complejidad de la construcción de una sociedad diferente al capitalismo para darse cuenta que la cuestión no se simplifica a la toma del poder político, sino que precisa revolucionar las formas que adquieren en el proceso las relaciones de propiedad; la eliminación de la propiedad privada se torna entonces solo una cara del asunto. La otra cara es la división social del trabajo, cuya superación es necesariamente un proceso lento, por su profundidad y complejidad, un proceso arduo y lleno de matices en ocasiones engañosos.

Todo esto implica un esfuerzo superior por revolucionar la sociedad desde sus raíces, sin temer a las contradicciones que entraña una transformación tan compleja, donde inevitablemente surgirán diferentes visiones sobre cómo enfrentar las mismas tareas, sin olvidar que, como ya expresamos, al eliminar la propiedad privada pero no la división social del trabajo, perviven la enajenación de los individuos y las relaciones burguesas de producción. Subsiste, además, el Estado y todo su aparato de funcionarios.

[78]

Islas, núm. 190; UCLV, mayo-agosto de 2018.

<http://islas.uclv.edu.cu>

A partir de estas iniciales consideraciones nos referiremos a un problema que el proyecto socialista de este siglo no puede perder de vista si realmente quiere cambiar el orden existente: el problema de la burocracia, y la necesidad de evitar que el proceso socialista se burocratice.

El análisis y comprensión del fenómeno de la burocracia se torna polémico y controvertido a finales del siglo XIX. Así lo demuestran las percepciones que dio el Marxismo en el plano teórico, en el marco de las luchas obreras primeramente, y luego, cuando la Revolución de Octubre hubo de enfrentarse a la realidad de una construcción socialista que no escapó del lastre burocrático.

La cuestión burocrática quedó determinada en la teoría marxista por el pensamiento de Marx y Engels, continuado después por Lenin, Trotsky y Rosa Luxemburgo, y de forma menos destacada por el revisionismo marxista del socialismo democrático, entre cuyos representantes más caracterizados estaban Bernstein y Kautsky. Los estudios iniciados por Marx y Engels, y completados por las polémicas entre Lenin, Luxemburgo y Trotsky, van mostrando la preocupación y atención que prestaron a un asunto que podía retrasar la real emancipación de la sociedad luego de la revolución socialista.

El marxismo enfatiza en una visión de la burocracia que la reconoce como un fenómeno histórico concreto que surge en los últimos tiempos del absolutismo en Europa. Era la Europa posrenacentista, con un alto grado de desarrollo del proceso de implementación de la propiedad privada y donde la división social del trabajo cobra rigor. Se va conformando la sociedad civil y la burguesía asume roles diversos, sobre todo en la creación de una capa social estable que ejerce el poder en su nombre en cada espacio de esta sociedad civil, creándose un sector parasitario no productivo de funcionarios, personal de oficina, asesores, educados en la ideología pequeño burguesa. Se crea el cargo burocrático como profesión. Por eso el marxismo observa el problema de la burocracia como algo consustancial al Estado, y no anima a fortalecer el Estado allí y donde el lugar que otrora ocupaba la burguesía lo ocupa entonces una élite de burócratas.

En sus estudios, Marx (1973) insertó coherentemente el fenómeno burocrático en su concepto de Estado e incluyó este

concepto en su teoría central sobre la lucha de clases, de tal modo que el Estado venía a ser el instrumento utilizado por la burguesía para oprimir al proletariado. Con ello, la burocracia del Estado venía perfectamente asociada al papel representado por este. Después, la consecuencia final respecto de la burocracia era lógica, por cuanto como primera fase de la revolución proletaria que Marx propugnaba se imponía la eliminación del Estado burgués y la implantación de un Estado proletario, que podría subsistir perfectamente sin burocracia. Esta idea parte de la visión de Marx sobre el Estado prusiano, una realidad inmediata que provocó su acerba crítica del Estado y la burocracia, en su *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, escrita en 1843, y que formuló sobre la base del concepto de Hegel del poder ejecutivo en el Estado, tal y como este le había definido en su *Filosofía del Derecho* (Marx, 1974).

Tanto Lenin (1960) como Trotsky (1977) sostuvieron la teoría de que la dictadura del proletariado habría de romper la maquinaria del antiguo Estado. Una vez ocurrido esto el Estado se iría extinguiendo poco a poco y en sustitución de la burocracia estatal los trabajadores se harían cargo de las simples funciones, porque la democracia proletaria posibilitaría que las funciones de control y contables fueran cada vez más simples, de forma que pudieran ser ejecutadas en turno por diversas figuras. En este sentido, Lenin se mostró particular y decididamente antiburocrático. Propugnaba que la dictadura obrera tomara las medidas que años atrás había emprendido la Comuna de París y que tanto había defendido Marx: elegibilidad y revocabilidad instantánea de todo funcionario, reducción del salario del funcionario al nivel del jornal de un obrero ordinario y variación continua de tareas (Lenin, 1960).

Muy enriquecedora fue luego la discusión de Rosa Luxemburgo con Lenin sobre la burocracia, centralización y organización de la socialdemocracia rusa, una polémica que marcó un hito en los estudios sobre el funcionamiento interno de los partidos obreros, en torno a la determinación de la naturaleza y grado de la centralización. A pesar de reconocer Luxemburgo (1977) la necesidad del centralismo organizativo de la socialdemocracia rusa, se oponía a un centralismo sin concesiones, que implicaba, de un lado, la drástica separación de los revolucionarios activos y organizados y, de otro, la disciplina

[80]

Islas, núm. 190; UCLV, mayo-agosto de 2018.

<http://islas.uclv.edu.cu>

estricta y la intervención directa, decisiva y determinante de la autoridad central en todas las actividades de las organizaciones locales del partido.

Otros teóricos de la Sociología y las Ciencias empresariales también avanzaron en los estudios sobre la burocracia. Como es conocido, Max Weber (1993) fue el iniciador de un estudio más sistemático sobre la burocracia y sus particularidades. Sus observaciones del desarrollo de la burocracia y la formación de las condiciones que contribuyeron al mismo, (la economía monetaria, la aparición del sistema capitalista, la revolución industrial, y la ética protestante) son referencias ineludibles del tema para comprender las necesidades que le sustentaban, en un contexto histórico marcado por el auge de la organización empresarial del capitalismo.

Con su teoría de la dominación, Weber trata de establecer las condiciones en las que la persona que detenta el poder justifica su legitimidad y las formas en que los sujetos sobre los que se ejerce el poder se someten a él. Describe una forma de organización humana que se basa en la racionalidad, en la adecuación de los medios a los objetivos pretendidos, con el fin de garantizar la máxima eficiencia en la búsqueda de esos objetivos. Es desde esta visión que Weber (1993) acuñó el término «burocracia» para identificar las organizaciones que poseían esas características, que resultaba ser un factor indispensable para administrar una organización compleja en una sociedad moderna.

Por supuesto que Weber (1993) reconocía que el funcionamiento de la burocracia crea «atracos e inconvenientes», pero él creía que este era el precio para contar con una organización racional y eficaz. Para él, la burocracia es precisamente la organización eficiente por excelencia, la organización llamada a resolver racional y eficientemente los problemas de la sociedad y, por extensión, de las empresas tanto públicas como privadas. En efecto, la organización burocrática está diseñada científicamente para funcionar con exactitud, con el objetivo de lograr los fines para los cuales fue creada, en el contexto de las relaciones capitalistas de producción, pero resultó ser una gran paradoja en el tiempo, si de desarrollo humano y emancipación se trata, sobre todo cuando los estudios del marxismo en este plano fueron avanzando.

Partiendo de los estudios más recientes de la Sociología, según Petrella (2007) la burocracia es una estructura organizativa caracterizada por procedimientos regularizados, división de responsabilidades, jerarquía y relaciones impersonales. El término «burocracia», partiendo de las características señaladas precedentemente, puede referirse genéricamente a cualquier tipo de organización y no requiere personalizaciones muy grandes de un contexto a otro. Si de riesgos propios de la burocracia se trata, a partir de lo que el mismo Weber reconocía, la burocracia presenta tendencias a independizarse y dejar de ser un medio convirtiéndose en objetivo propio. Se atiende ahí más a la estructura que a los objetivos del conjunto, para los que aquella debía ser mero medio.

Otro factor distorsionante es la despersonalización de las relaciones entre los agentes del sistema burocrático. El modelo ignora que la organización informal trasciende y supera a la organización formal. La expresión más aguda, según Petrella (2007) es la resistencia al cambio. La tendencia a crear rutinas en procedimientos y métodos, crea la mentalidad de «siempre lo mismo», no como fastidio, sino como falsa sensación de estabilidad y seguridad respecto del futuro en la organización. Esta es una de las razones por las cuales consideramos a la burocracia como el enemigo más peligroso del proceso socialista, lo corroe desde dentro «disfrazada» de orden, disciplina y procedimientos normativos que lejos de organizar los procesos los ralentizan y dificultan, provocando desmotivación y agotamiento en los actores sociales.

Como factor agravante la burocracia desarrolla la categorización extrema del proceso decisional, que opera en sucesivas instancias que despersonalizan los procesos de toma de decisiones. Por eso en el socialismo se torna un problema tan serio, difundido y difuso, que impide en muchas ocasiones saber claramente contra qué hay que luchar para resolver una dificultad o superar un error. No es una mera «supervivencia» del capitalismo, el socialismo puede exacerbar la burocracia creando una capa social estable que ejerce el poder a nombre de la clase dominante, incentivando un sector parasitario no productivo de funcionarios, personal de oficina, asesores, etc. Pero, sobre todo, creando un espíritu de conformismo, formalismo y triunfalismo

muy dañino, porque mata la participación real en los procesos sociales.

En su estudio sobre el sistema burocrático, Petrella (2007) enfatiza en que la rígida jerarquización de la autoridad del modelo solo existe en el papel; en los hechos no sucede necesariamente así. Independientemente de esto, una fuente de ineficiencia es que siempre toma la decisión el funcionario de más alto rango, independientemente del conocimiento que tenga del asunto que se trata. Esto crea un modelo en el que la ocupación de un puesto legitima por sí misma la toma de decisiones, sean estas adecuadas o inadecuadas, siempre que se atengan a las formas preestablecidas.

Ya Marx (1972) había advertido que burocracia es una «forma burda de centralismo» consustancial a la enajenación del individuo en la sociedad. Se trata de una concepción, de un espíritu, que no debe confundirse con administración y control, que agudiza la enajenación del individuo desmotivado por su entorno.

Siguiendo la lógica del Che en diversos trabajos entre 1963 y 1964, dirigidos a develar los peligros del burocratismo como expresión de la burocracia en el socialismo, se demuestra que esta última no fenece con la victoria sobre el capitalismo, sino que se transfigura, y puede desarrollarse en el socialismo mucho más peligrosamente si no se ataca por todos sus flancos. Solo tomando una clara conciencia sobre el peligro que representa la concepción pequeño-burguesa dentro del aparato estatal podremos entender toda su magnitud y enfrentarla como es debido, desarrollando mecanismos de control y participación popular que atiendan de forma real los problemas de la sociedad.

Por eso defendemos la concepción de que la burocracia es un estado de la sociedad y no solo un estilo de dirección, es un fenómeno social mucho más abarcador que el burocratismo, y que hay que atacar con plena conciencia, porque va adquiriendo cuotas de poder y negando la posibilidad de la democracia real y efectiva en el socialismo.

Cada una de las disfunciones del modelo está derivada de cada una de las características idealizadas por Weber (1993) en su construcción teórica. Se destaca un exagerado apego a los reglamentos, lo cual deviene en que «las normas y reglamentos

se transforman de medios en objetivos, se vuelven absolutos y prioritarios». Los medios se vuelven fines, también y especialmente en las organizaciones públicas, creando un exceso de formalismo y papeleo. El afán de documentar y formalizar las comunicaciones dentro de la burocracia crea volúmenes de trámites y formatos que entorpecen la agilidad de los procesos.

El excelente análisis del Che (1963) sobre la irrupción del burocratismo en el proceso revolucionario cubano parte del reconocimiento de necesidades propias de una sociedad en construcción, resultado de un movimiento guerrillero que ocasionó, inevitablemente, el llamado «guerrillerismo» en la gestión del gobierno revolucionario.

Como *contra medida* [plantea el Che] se empezaron a organizar los fuertes aparatos burocráticos que caracterizan esta primera época de construcción de nuestro Estado socialista, pero el bandazo fue demasiado grande y toda una serie de organismos, entre los que se incluye el Ministerio de Industrias, iniciaron una política de centralización operativa, frenando exageradamente la iniciativa de los administradores. Este concepto centralizador se explica por la escasez de cuadros medios y el espíritu anárquico anterior, lo que obligaba a un celo enorme en las exigencias de cumplimiento de las directivas. Paralelamente, la falta de aparatos de control adecuados hacía difícil la correcta localización a tiempo de las fallas administrativas, lo que amparaba el uso de la «libreta». De esta manera, los cuadros más conscientes y los más tímidos frenaban sus impulsos para atemperarlos a la marcha del lento engranaje de la administración, mientras otros campeaban todavía por sus respetos, sin sentirse obligados a acatar autoridad alguna, obligando a nuevas medidas de control que paralizaran su actividad. (Guevara, 1963)

En un proceso revolucionario donde confluyen tantos rebeldes e inconformes son inevitables estas contradicciones. Pero es saludable tratar que estas diferencias puedan expresarse, ventilarse en un ambiente de debate; y que la unidad que resulta indispensable para la defensa de la Revolución se construya sobre el consenso generado a partir de la discusión abierta entre distintas posiciones revolucionarias. Ya desde esos años que el Che describe comenzó a proliferar, con el

[84]

Islas, núm. 190; UCLV, mayo-agosto de 2018.

<http://islas.uclv.edu.cu>

pretexto de no dar espacio al enemigo, una unidad construida verticalmente, sobre la base de la obediencia y la disciplina sin cuestionamientos ante directivas de organismos superiores. Ese espíritu fue caldo de cultivo para muchos de los errores cometidos, entre los que se destaca, a la luz del debate que nos ocupa, el desprecio y el miedo por la diversidad de opiniones, criterios y divergencias.

Fueron estos años de la década del sesenta muy prolíficos en análisis sobre el fenómeno de la burocracia, en diferentes sectores de la intelectualidad la reflexión sobre el flajelo aparecía con diversos matices, dirigida en particular a revelar las nefastas influencias de la burocracia sobre los valores que el socialismo promueve. Basta recordar una reflexión de Tomás Gutiérrez Alea al respecto:

Al principio de la Revolución tenía una gran sensación de seguridad y de integración a la sociedad. No me interesaba ganar dinero, y lo que ganaba lo entregaba a la Reforma Agraria o a cualquier otra necesidad de la Revolución. Poco a poco me voy sintiendo más acorralado por el monstruo burocrático que engendra la Revolución y cada vez menos en consonancia con la comunidad. Una necesidad de atrincherarse y de hallar seguridad. Alienación trágica. Ahora, para mí, el dinero cobra una importancia como futuro de seguridad que no había tenido nunca antes. (Gutiérrez, 2008: 333)

Cuando hace algunos años le preguntamos a Fernando Martínez Heredia cómo afrontar desde la realidad de los sesenta el dilema ético de las contradictorias relaciones de los diferentes actores sociales en la Revolución, estábamos también pensando en estos momentos de «oscuridad» y en cómo hacer coincidir la libertad de pensamiento tan necesaria para los individuos en el socialismo con el compromiso político dentro del proceso, dimensiones que siempre nos han parecido inseparables, siguiendo la lógica de lo que ha sido el decursar del pensamiento cubano de liberación. Salieron a relucir en esa conversación cuestiones ya tratadas, sobre la inexperiencia, la juventud, la ignorancia de muchos de los protagonistas de estos años, tanto de los «barbudos» devenidos en directivos o administradores de entidades, como de los funcionarios que de repente sintieron sobre sí el peso de la responsabilidad de

dirigir un país y enrumbar una hermosa pero controvertida revolución. Y Fernando todo el tiempo enfatizaba, y en eso coincidimos plenamente con él, que es necesario para el proceso revolucionario un poder muy fuerte, pero que solo es defendible si partimos de que ese poder tiene que estar al servicio del proyecto social que le refrenda. «Ese es el orden, El poder, que está obligado a ser muy fuerte, tiene que estar al servicio del proyecto» (Martínez, 2009). Sería esta una forma, según el criterio de esta autora, de superar las paradojas de la burocracia, la dicotomía entre centralismo y democracia que inevitablemente se produce en el socialismo.

Por su parte, Rafael Hernández hace notar lo que significó, en un proceso revolucionario tan joven, el hecho de estar aislados, a «contracorriente» en un mundo regido por las relaciones capitalistas. Se está refiriendo a los primeros años de la Revolución, ante hechos que dejaron huellas en el devenir sociopolítico de la sociedad cubana y que nos acompañan hasta la actualidad: agresiones, atentados, sabotajes. Esos hechos produjeron un cúmulo de temores, ansiedades y desconfianza en la generalidad de los protagonistas del proceso, el «enemigo» podía estar en cualquier parte, y había que estar «alertas» (Hernández, 2014).

Y luego vinieron otros problemas que generó la propia burocratización de los procesos: el burocratismo, en primera instancia, con su carga inútil de papeleo y normativas, la falta de interés del individuo por rendir su servicio al Estado y por superar una situación dada. Lo que Guevara (1963) llamó «falta de motor interno», se basa en una falta de conciencia revolucionaria, en el conformismo frente a lo que anda mal.

Muy importante, y también el Che enfatiza en ello: la falta de organización, que trae como consecuencia arbitrariedades e improvisaciones, la falta de métodos propios de encarar situaciones dadas, las decisiones de última hora, a la carrera y sin análisis, la falta de conocimientos técnicos suficientemente desarrollados como para poder tomar decisiones justas. De aquí que el reunionismo apareciera, convirtiéndose en estilo de trabajo. Se hace notar que la falta de experiencia administrativa llevó al exceso de centralismo.

La burocracia, ya lo veíamos, siempre ocasionará graves peligros para los destinos democráticos de aquellas sociedades con

aspiraciones humanistas, pero en el socialismo se torna más peligrosa. ¿Por qué?, por las obvias formas de organización del Estado socialista, que permite que todos los procesos burocráticos que se hallaban dispersos antes de la revolución sean vertebrados en sentido vertical por el aparato de este estado, organizados y fortalecidos. Y es así como la visión burocrática consigue intervenir en la dirección de la producción, en el control del gobierno, en las decisiones políticas, en el control de los recursos materiales y humanos de manera «justificada». De funcionarios subalternos sin decisiones, estos funcionarios pasan a asumir posiciones decisivas, muchos trabajadores pasan a ocupar funciones administrativas. Aparece entonces el peligro de que el sistema de dirección los conforme ideológicamente y los convierta en un funcionario burocrático más.

Este peligro provoca otro más preocupante: el estancamiento en las sociedades socialistas. Porque ya tampoco es un secreto, y se ha insistido mucho en ello en los estudios marxistas de las últimas décadas, (aun comprendiendo el cúmulo de justificaciones que pueden estar en la base de estos análisis de la burocracia): que se puede partir hacia el socialismo y nunca llegar.

Y entonces, ¿qué podemos hacer? El Che insistía en que si se conocían las causas y los efectos del burocratismo, podían analizarse exactamente las posibilidades de corregir el mal:

De todas las causas fundamentales, podemos considerar a la organización como nuestro problema central y encararla con todo el rigor necesario. Para ello debemos modificar nuestro estilo de trabajo; jerarquizar los problemas adjudicando a cada organismo y cada nivel de decisión su tarea; establecer las relaciones concretas entre cada uno de ellos y los demás, desde el centro de decisión económica hasta la última unidad administrativa y las relaciones entre sus distintos componentes, horizontalmente, hasta formar el conjunto de las relaciones de la economía. Esa es la tarea más asequible a nuestras fuerzas actualmente, y nos permitirá, como ventaja adicional, encaminar hacia otros frentes a una gran cantidad de empleados innecesarios, que no trabajan, realizan funciones mínimas o duplican las de otros sin resultado alguno». (Guevara, 1963)

Coincidimos en que para enfrentar la burocracia lo primero es reconocer que existe, desarrollar un trabajo para resolver la falta de claridad política en la solución de cualquier problemática y la falta de ejecutividad cuando ya el problema está detectado. No debe obviarse la educación y capacitación continua de los cuadros de dirección, la explicación concreta de las tareas mediante el diálogo real con los trabajadores que demuestre que se confía en ellos, porque la burocracia es un freno a la acción revolucionaria y denota una falta de confianza en las masas y en los niveles de base.

Es necesario corregir la limitación que significa la falta de conocimientos y el complejo de inferioridad de algunos cuadros, mediante la capacitación y la movilidad de los mismos cuando sea necesaria. El antídoto principal contra la burocracia es la participación y el control popular de todos los procesos sociales y económicos en la vía socialista. Apuntamos dos cuestiones más a partir de estas consideraciones.

Aprovechar la fuerza de las masas

La conducción dialéctica del proceso debe partir de la revolución, de sus transformaciones, no de la política en sí misma. Y de aquí que la participación de las masas en el proceso sea algo consustancial al mismo que no puede desaprovecharse. Polémicos enfoques al respecto se difunden en nuestros medios académicos, y de una forma u otra todos coinciden en que tan importante es la construcción del poder centralizadamente, para lograr coherencia en el rumbo y evitar la corrupción, como la construcción desde abajo, desde las localidades, los barrios, las comunidades. Allí se concentra la fuerza verdadera del socialismo, en la participación, que inevitablemente proporcionará el control popular del proceso para evitar otros peligros que nos acechan: la corrupción, la doble moral, el estatismo.

Aprovechar la fuerza y la riqueza de las contradicciones que el proceso genera

La contradicción en todo el proceso revolucionario es un elemento inevitable y necesario, sin él fenecería. No debe temerse a la contradicción. La dialéctica de la revolución impone saber moverse en la contradicción para que el proceso no pierda frescura, fuerza, pero tampoco permitir que la reacción contraria

[88]

Islas, núm. 190; UCLV, mayo-agosto de 2018.

<http://islas.uclv.edu.cu>

al socialismo se apropie del mismo, que la crítica se convierta en anarquía. La contradicción obliga a pensar, a no seguir acríticamente cualquier criterio, a no obedecer sin discutir cuando sabemos que algo anda mal, cuando la improvisación se convierte en regularidad.

Finalmente, ¿qué otra cosa podemos hacer?

Poner al socialismo en nuestro camino realmente, mostrando en la cotidianidad que es un sistema superior y alcanzable, mirar con ojos más agudos, críticos e intransigentes hacia su interior y observar los elementos de corrosión interna que también le amenazan: el formalismo, la doble moral, el conformismo, el estatismo y la pereza para emprender transformaciones profundas. Ya no basta con enfatizar en la crisis global y el peligro y amenazas constantes del imperialismo, de su guerra mediática, de su creciente reacción y su odio profundo hacia cualquier empresa humana que le ponga freno a su desenfreno. Ha llegado el momento de hacer, conjuntamente con la cruzada anticapitalista, una intensa cruzada contra todas las debilidades que nos acompañan.

REFERENCIAS

- ABELLÁN, A. (enero-febrero, 1984). «La paradójica fortaleza de la burocracia frente a la ideología marxista». En *Revista de Estudios Políticos (Nueva Época)*, 37.
- GUEVARA, E. (febrero, 1963). «Contra el burocratismo». En *Revista Cuba socialista*, 18.
- GUTIÉRREZ, T. (2008). *Volver sobre mis pasos*. La Habana: Ediciones Unión.
- HERNÁNDEZ, R. (abril 2014). *Espacio Dialogar, dialogar* de la AHS. La Habana.
- MARTÍNEZ, F. (abril, 2009). «Cultura y Revolución en los sesenta». Entrevista realizada por la autora en La Habana.
- MARX, C & ENGELS, F. (1972). *La ideología alemana*, Barcelona: Ediciones Grijalbo.
- _____ (1973). «Crítica al Programa de Gotha». En *Marx y Engels, obras escogidas*, tomo 3. Moscú: Editorial Progreso.
- _____ (1974). *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*. Barcelona, Ediciones Grijalbo, 59-61.

- MERTON, R. (2002). *Teoría y estructuras sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- LENIN, V. I. (1960). «El Estado y la Revolución». En *Obras escogidas en tres tomos*. Moscú: Editorial Progreso.
- LUXEMBURGO, R. (1977). «Problemas de organización de la socialdemocracia rusa». En *Escritos políticos*. Barcelona: Ediciones Grijalbo.
- TROTSKY, L. (1977). *Obras escogidas de León Trotsky*, tomo II. Madrid: Editorial Fundamentos.
- WEBER, M. (1993). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.

Recepción: 09 de enero de 2018
Aprobación: 31 de marzo de 2018

[90]

Islas, núm. 190; UCLV, mayo-agosto de 2018.
<http://islas.uclv.edu.cu>